

vive secuestrada y clausurada, y donde los reyes — como el shah de Persia padre del actual — tienen sus 1.620 mujeres guardadas en el harén, ó como allí se le llame... La libertad (relativa) de la mujer, al elevarla de cosa á persona, la hace capaz de inspirar esas vehementes inclinaciones, esas ardorosas preferencias que llevan consigo la prescripción «á vida y muerte...» Ahora, pues, el Diego de Marsilla de mi historia, casi aldeano, vió como la muchacha á quien quería se encontraba obligada por sus padres á unirse á otro hombre. La idea bárbara de matarla no acudió á su mente: la idea africana de matar á su rival, tampoco. Puesto que era él mismo quien sufría y se retorció desesperado, él era seguramente quien debía irse del mundo. Y esta resolución no se le ocurrió tampoco en el primer instante. En esos momentos cruelísimos, cuando se diría que el mundo entero gravita sobre un corazón llagado y partido á cuchilladas, las resoluciones se atropellan y confunden; cada minuto sugiere una nueva, quizás opuesta á la anterior. El primer pensamiento que Diego de Marsilla quiso poner por obra, fué emigrar á América. Fiaba en la distancia, y en que á la distancia ayudaría la acción sedante del tiempo. El veía que en su aldea el viaje á América lo remedia todo. Cargados de deudas, oprimidos por el fisco, muertos de hambre, autores de fechorías por las cuales les persigue la justicia, agobiados por las mil circunstancias que pueden hacer penosa y difícil la existencia, los aldeanos emigran en masa, y la esperanza, verde como las campiñas que van á abandonar, les sonríe en medio de las aflicciones de la despedida. Acaso, al respirar las primeras emanaciones salitrosas del Océano, la pena del amor se disipase y el maleficio se deshiciese. Y el enamorado se vino á la Coruña, dispuesto á embarcar. Para una inclinación pasajera y frívola, de esas que no arraigan, la estancia en la Coruña hubiese sido suficiente distracción. Un puerto de mar, una capital de provincia animada y alegre, ofrecen al mozo aldeano tentaciones y placeres fáciles, que embeodan los sentidos groseros y causan locas excitaciones á la juventud no gastada ni cansada. Pero el Marsilla galaico tenía el signo y marca funesta del que bien y de veras quiere: no existía para él más que una mujer en el mundo, y fuera de aquella mujer todo era sombra, vacío y tedio sin límites. El contraste mismo entre la quietud de la aldea apacible donde corrió el período de sus amores y el bullicio de la alegre ciudad, con sus músicas en el paseo, sus tiendas lujosas y sus cafés decorados, debió de serle físicamente intolerable, porque le gritaba que su porvenir era distinto de su pasado. Y su pasado era lo único que acertaba á querer...

* *

Y sin poderlo remediar, hostigados por la necesidad de representarnos de un modo sensible lo que preocupa el ánimo, pensamos: ¿cómo sería aquella mujer, tan añorada? ¡Bah! Seguramente que ni un tipo de belleza, ni una sirena seductora (en las aldeas no suelen existir), ni cosa por el estilo. Acaso una muchacha de esas que nada tienen de particular para el que las mira indiferente. El amor transforma las condiciones materiales, y cuelga sus alas de ángel en los hombros rechonchos de la moza de cántaro. La Isabel de este Diego acaso tenga hoyos de viruelas en la morena faz; sus pies, desfigurados, irán calzados con medias gordas y zapatos de suela ruda; su cuerpo exhalará el vaho del sudor ó el aroma mil veces más repulsivo de la perfumería barata que se compra en las ferias... ¿Qué importa? Al igual de todo lo que arrebató y embelesa al hombre, el amor sale de dentro, de lo íntimo del ser; se forma de la tela de nuestros sueños, no de las realidades. Si así no fuese, sería un cálculo estricto, una exacta relación entre el sujeto y el objeto. Es lo contrario: la mayor expresión del subjetivismo; lo que sólo cada cual, en el santuario de la emoción propia, adora y profesa. Jamás entenderán ese culto los profanos. Mi secreto para mí —pueden decir con energía y orgullo los que quieren líricamente.

* *

Y el *Amante* —con mayúscula, como escribiríamos el *Poeta* si se tratase de un Enrique Heine— paseándose por los muelles, al borde del mar verdoso y espumoso, pensó ó sintió que su pena era más inmensa y más amarga que las olas, y no se curaría aunque pusiese entre el teatro de sus dolores y su nuevo rumbo el ancho de la infinita sábana líquida que separa á Europa del continente americano. Y meneando la cabeza, abismado, se retiró á su posada, se encerró en su habitación y se dió siete puñaladas, casi todas mortales, sin que la mano temblase, cuando ya

la sangre corría de tantas bocas abiertas y por ella se iba el alma dolorosa... No murió, sin embargo, en el momento. Le acudieron, y duró unas horas. En ellas, con desmayada voz, pudo articular que su desesperación no reconocía otra causa sino el casamiento de la predilecta. Ninguna lamentación por la vida que dejaba, ningún pesar de haberla cortado con tan sangrienta violencia. Sólo la afirmación reiterada y sencilla de que no podía vivir, puesto que se había casado aquella mujer. Los que le asistían, menos románticos, porfiaban en preguntar si el suicidio no reconocía otra causa; les costaba trabajo avenirse á que hubiese solamente amor detrás del furioso apuñalamiento del mozo. Y él, en medio de los desfallecimientos de la agonía, no acertaba sino á repetir su profesión de fe: ningún motivo más. —Dios habrá perdonado á esa pobre alma.

* *

El nuevo Werther es francés. Su caso nie parece todavía más interesante que el anterior. Le había prometido á su amada que si ella moría, moriría él á la vez, ó antes si fuese posible. Atacada ella de gravísima enfermedad, desahuciada por los médicos, yacía casi insensible en la cama: á la cabecera velaba su madre. Un hombre penetró en la habitación, y sonó un tiro. La madre se alzó desprovista, creyendo en un atentado. Era un suicidio. El Amante venía á cumplir su promesa, muriendo antes que la amada, para esperarla en el umbral de la eternidad oscura. —Tuvo, no obstante, la mano menos certera que el lírico de la Coruña; la bala no fué mortal. La ley psicológica, en estos casos, es que no se repite la tentativa. El que por cualquier causa no consigue quitarse la vida del primer intento, rara vez lo segunda. Vuelve á encontrarse entre los mortales, en el triste mundo, y acepta su destino, embargado por contradictorios sentimientos, remiso en agradecer á la suerte que le haya dejado aquí para sufrir más. Unos se consuelan; otros llevan siempre á cuestas el grave peso de la memoria; pero la obsesión antinatural del suicidio se ha conjurado, de cien casos, en noventa y nueve. La obsesión es más curable cuando no procede de desengaño atroz. El Werther francés se curará, aunque su amada se muera, porque si quiera su amada, al morir, no le inflige el suplicio de destruir la ilusión que le hermoseaba la vida. El dolor acerbo de ese Werther puede transformarse en nostalgia dulce, en melancolía resignada: no llevará consigo la vergüenza bochornosa del engaño, la herida enconada de la traición. En suma, el Werther, después de perder á su ídolo, seguirá teniéndolo por ídolo, en lugar de verlo transformado en un horrible demonio; y podrá ser casi feliz, ó al menos conformarse, que ya es media felicidad.

* *

De todos modos, se me figura que los dos casos que acabo de reseñar demuestran la exactitud de mi aserto: el romanticismo no está llamado á desaparecer... Si caducó como escuela literaria (¿y quién podría sostener que no son manifestaciones románticas las nuevas tendencias del arte y de la literatura?) en el carácter, en la psicología, nunca se extinguirá. No es sólo el amor el que sostiene y hace perdurable el romanticismo. Son también románticos los aeronautas, los salvadores de niños que se ahogan, los revolucionarios de acción, los nihilistas que abrasan á tiros á los generales rusos y se dejan ahorcar, todos cuantos tienen en poco la existencia ante un ideal, una quimera, un ensueño, una exaltación espiritual... El romanticismo es una tendencia fundamental humana.

* *

¿Quién sabe si era un romántico desconocido el heroico cochero de Lugo que se dejó destrozar por un perro rabioso para matarlo é impedir que mordiese á otras personas? El hecho es realmente inaudito, de una abnegación increíble, y ese hombre oscuro y humilde merecería un recuerdo, una lápida, algo que perpetuase su memoria. No hicieron más, ni siquiera tanto, los paladines que las historias celebran. Sabía él de cierto que buscaba la muerte, ¡y qué muerte! De cuantos mordió el perro, el único que contrajo incurable hidrofobia fué el valiente luchador que, abrazado al animal, rodando por el suelo, le entregó su carne en sacrificio. Siempre que hayáis de servir de la frase «portarse como un cochero», acordaos de éste, que se portó como un Bayardo ó un Cid... y como un San Juan de Dios, y cambiad de fórmula retórica...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Oigo decir que el romanticismo ha muerto, y que, desde hace ya bastantes años, hemos enterrado su cadáver á la luz de la luna, bajo el sauce que sombre la tumba de Alfredo de Musset, y cuya sombra es ligera á la tierra en que el poeta duerme... La pompa fúnebre del romanticismo, como la de la angelical Isabel en *Tannhauser*, había dejado, al pasar, en nuestras almas, un poco de tristeza y añoranza indefinible, como si lo mejor de nosotros mismos se fuese á dormir bajo la tierra, y no nos quedase ya más que la caverna de las bajas pasiones, el antro de la maga maléfica que embruja y pierde á la humanidad. Pues bien, el romanticismo, empeñado en probarnos su inmortalidad divina, ha resucitado, llevando en una mano el puñal y en otra el revólver... Y hemos vuelto á encontrarnos con Diego de Marsilla y con Werther, enamorados fatales, líricos, que arrojan la vida como carga inútil, cuando les falta el amor.

* *

El nuevo Diego de Marsilla... era gallego. ¿Por qué sonreír? ¿No fueron gallegos *Macías el enamorado* y Juan Rodríguez del Padrón, que es nuestro *minnesinger* del siglo xv, nuestro *Tannhauser* ó nuestro Gualterio de Wogelveide? La hierba mágica y maldicienda de la pasión desesperada se da en todas las latitudes, en todas las regiones, en todos los climas. Sólo escasea, hasta el punto de constituir un verdadero fenómeno de rareza, en ciertos países donde la mujer